



**SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE** Emplazado en el mismo centro del mundo, este diminuto archipiélago africano ignorado por el turismo de masas esconde idílicas playas salvajes, retazos de un pasado colonial y una naturaleza superlativa a salvo de los estragos del hombre

## LAS ISLAS DE LA VIDA A PASO LENTO

**NOELIA FERREIRO**  
*Leve, leve.* Así transcurre la vida en Santo Tomé y Príncipe. Sin prisas, sin sofocos, en un eterno sosiego. *Leve, leve* salen al alba los pescadores en sus canoas artesanales para volver con un puñado de peces capturados con sus propias manos. *Leve, leve* caminan las mujeres a la orilla de los senderos de tierra, con los cestos rebosantes de fruta sobre sus cabezas. *Leve, leve* se trabaja y se descansa, se

crece, incluso se sueña con un mundo mejor. En estas remotas islas africanas todo pasa por esta expresión. Y significa que *cada cosa, a su tiempo.*

Anclado en las aguas del Océano Atlántico, en pleno Golfo de Guinea y muy cerca a la costa de Gabón, el archipiélago de Santo Tomé y Príncipe se encuentra, literalmente, en el mismo centro del planeta. Una posición especial que se debe al hecho de estar atravesado

por la línea imaginaria del Ecuador y a apenas una corta distancia del meridiano de Greenwich, lo cual lo convierte en el lugar más próximo al punto 0° 0', allá donde convergen el norte y el sur, el este y el oeste.

Y sin embargo, se encuentra alejado de todo: de las rutas comerciales, del borboteo turístico, de la vorágine tecnológica... de ese tiempo que se sucede frío y vertiginoso, tal y como lo entendemos en el pri-

mer mundo. Santo Tomé y Príncipe, no lo hemos dicho, es el segundo país más pequeño de África, por delante tan sólo de Seychelles, paradigma de otro tipo de paraíso más famoso y explotado.

Pero es esta autenticidad la que hace de estas dos islas mayores y de su satélite de islotes de nombres evocadores —Rolas, Quiribá, Bom Bom, Coco...— un rincón único, puro... y tan bonito, que sorprende (y reconforta) saber que no ha sucumbido a las garras del turismo feroz sino que más bien ha desplegado una infraestructura sencilla, coqueta, que se adapta al medio natural y que es respetuosa con sus gentes y con ese ritmo de vida que se desliza lento.

Santo Tomé y Príncipe son dos puntos verdes en la inmesidad del océano. Porque aquí la naturaleza se expresa de manera tan superlativa que apenas cabe algo más que esos bosques densos e intrincados propios del trópico, que nacen en los picos del interior y bajan tapiando los valles hasta morder el mar, donde dan lugar a idílicas pla-

yas bordeadas de baobabs, manglares y cocoteros.

Estos paisajes salvajes son los mismos que dejaron boquiabiertos a los exploradores portugueses que dieron con este edén a finales del 1400. Cuentan que eran islas deshabitadas, demasiado hermosas para dejarlas libres. Pronto vieron un potencial rentable en esta tierra lujuriosa y fértil: la caña de azúcar, para la cual deforestaron el territorio, es decir, arrancaron toda la selva. Y trajeron también esclavos, claro, desde Angola, Mozambique y Cabo Verde.

Poco duró sin embargo el cultivo de la caña de azúcar. Y entonces llegaron los felices tiempos del café y, muy especialmente, del cacao, que cubrió de gloria Santo Tomé y Príncipe: ahí donde se las ve, estas islas pequeñas e ignoradas llegaron a ser líderes en la exportación de este producto. Todavía hoy, mucho tiempo después, los más golosos pueden chuparse los dedos en la fábrica de Claudio Corallo. Dicen que su chocolate está entre los mejores del mundo.